LOS QUE DESEAN

UNA ANTOLOGIA DE
ANGEL MUSASHI

Desear puede ser una puerta a la grandeza, pero no es la norma. Con mayor frecuencia deviene en caos y destrucción, exponiéndonos frente al espejo de la realidad, en el cuál podemos vislumbrar nuestros errores y limitantes. La presente antología contiene deseos y los personajes que los experimentan son víctimas y victimarios a causa de los mismos. Algunos de ellos añoran una familia, otros riqueza y poder, o tan sólo sobrevivir. *Los que Desean* es el primer volumen de la saga *De Los Pecadores*. Contiene cuatro cuentos: *De lo verde, Ahuizotl, Último adiós y Misión Final*.

Ángel Musashi es un escritor mexicano nacido en el Estado de México. En octubre de 2023 formó parte de la Antología EMXI de Narrativa I, en donde se publicó su cuento *De lo Verde*. La presente obra, editada por Producciones Luna Mexica, es su primer incursión en solitario.

PRODUCCIONES LUNA
MEXICA

9 798867 607258

LOS QUE DESEAN

UNA ANTOLOGÍA DE ANGEL MUSASHI

PRODUCCIONES LUNA MEXICA

Los que desean
Primera Edición. PRODUCCIONES LUNA MEXICA, Noviembre 2023
ISBN: 9798867607258

© Autor: Ángel Musashi
©Edición y correción: Producciones Luna Mexica
© Portada e ilustraciones: Producciones Luna Mexica

Aunque el presente libro es una obra de ficción, contiene lugares, personajes y circunstancias parecidas a la realidad. El autor aclara que cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Si quieres seguir mis publicaciones, puedes hacerlo a través de https://angelmusashi.com

Para Akiko y Yoshi. Con todo mi amor. Son el cuento que no quiero que acabe.

Para mi madre, por regalarme las letras y el placer de la cultura. Me dio la vida dos veces.

A Luis Javier Flores Arvizu, porque todos necesitamos un maestro y tú eres uno excepcional.

PREFACIO

Desear puede ser una puerta a la grandeza, pero no es la norma. Con mayor frecuencia deviene en caos y destrucción, exponiéndonos frente al espejo de la realidad, en el cuál podemos vislumbrar nuestros errores y limitantes. La presente antología contiene deseos y los personajes que los experimentan son víctimas y victimarios a causa de los mismos. Algunos de ellos añoran una familia, otros riqueza y poder, o tan sólo sobrevivir. Pero ninguna de sus ambiciones es mayor que la mía, que en mi sencillez de autor, espero la atención ávida del lector durante el corto tiempo que toma leer cada uno de mis cuentos. En ellos reflejo la esencia de lo que soy y de lo que nunca quiero ser, por lo tanto el personaje final de la antología soy yo y mi historia inicia contigo leyéndome. Así, en un ejercicio de suprema arrogancia, deseo también que los cuentos sean de tu agrado y a la vez cumplan con tu necesidad por entretenimiento. Te espero entre las letras. Tal vez sea uno de esos pocos casos en que ambos obtenemos lo que deseamos.

Ángel Musashi
Noviembre 2023

DE LO VERDE

Samuel aún no decidía si la luz verde que observaba en el cielo era una amenaza o sólo un bello espectáculo, pero estaba seguro de que no era algo normal.

No obstante ahí estaba esa luz jade, tan densa que bloqueaba el sol, aunque no es que el sol hiciera falta. Él la atisbó a través de la ventana desde su apartamento en el centro de la Ciudad de México. Llevaba media hora de haber aparecido en el cielo, pero nadie sabía qué la provocaba. El deslumbrar verde emitía una fosforescencia que iluminaba hasta el rincón más oscuro.

Sam bajó la mirada hacia la calle por décima vez desde que todo comenzó. La gente en la acera también atendía al cielo. En la avenida, algunos vehículos circulaban con lentitud, cuidándose de no chocar por distraerse donde no debían.

De pronto la televisión, que estaba encendida desde que todo inició, desprendió un resplandor hiriente que lo obligó a cerrar los ojos y se apagó. En el exterior el resplandor también se intensificó. A riesgo de quedar ciego, Sam miró otra vez hacia arriba y se quedó congelado. De entre las nubes surgía una construcción verde, pétrea y cristalina; una especie de estalactita con geometrías rectangulares creciendo y acercándose cada vez más al suelo. La estructura creció en longitud y amplitud. Esta era el origen del brillo.

Cubrió sus ojos, cerró la cortina y se apartó. Intentó volver a encender el televisor, pero fue inútil. Su teléfono móvil tampoco encendía. Trató con el teléfono fijo, pero sólo encontró silencio. No entendía lo que pasaba, pero era obvio que afectaba la tecnología. Se sentó en el sillón hasta decidir qué hacer.

Le preocupaba su madre, sola en Guadalajara. Rogaba que el fenómeno sucediera sólo en la Ciudad de México, pero no podía confiar en ello. Aún así, no había mucho que pudiera hacer.

Y en esa espera la estructura ciclópea aumentó hasta tocar el suelo, instante en el que un chirriante sonido se expandió por la ciudad. Reverberó estridente y extraordinario, desagradable, despedazando vidrios y puertas. Cuando Sam lo escuchó perdió la conciencia. Él no lo sabía, pero toda la ciudad había sufrido el mismo desvanecimiento.

Despertó, aunque no podía saber cuánto tiempo estuvo inconsciente. Se levantó con lentitud y tambaleándose un poco salió del departamento. En el pasillo todo brillaba en verde. Flores del tono de los olivos cubrían la totalidad del pasillo tapizando hasta el último rincón. Sam se irguió y caminó. La primera puerta estaba abierta. Se asomó y lo que encontró lo dejó boquiabierto.

De pie en el interior del departamento se encontraban sus

padres, aunque veinte o treinta años más jóvenes de lo que se supone debían ser. Parecían divertirse cocinando. Su padre sonreía como antes de que el cáncer acabara con sus huesos. Su madre transmitía una paz que no había mostrado desde la muerte de su padre. Era la imposibilidad de la existencia de éste lo que lo dejó en blanco.

Cuando obvió lo ilógico de la escena, dedujo que seguía inconsciente y todo era un sueño. Debía despertar, pero ¿cómo? Tal vez saliendo por la puerta, pero la puerta estaba cerrada. No recordaba haberla cerrado, pero ya daba igual. A punto de salir, su padre habló:

—Hey, Sammy ¿no te quedas a desayunar? —Su padre sonaba como en sus mejores tiempos. —Tu madre hizo tocino. Nadie se niega al tocino.

—Anda cariño, lávate las manos y siéntate a desayunar. —Su madre lo invitó a la mesa. Sam terminó por perder los estribos. Dio la vuelta y encaró a sus padres a gritos.

—¡Papá, no entiendo cómo puedes estar aquí! ¡Es imposible! —En su descontrol comenzó a llorar.

—Todo es posible con el verde, amor. —Su madre sonrió como lo haría un psicópata.

—Pero, está muerto Má. No tiene sentido. No entiendo si es un sueño, pero yo lo vi morir. Yo tomé su mano.

—La muerte ya no es necesaria con el verde hijo, sólo lo

que deseas. ¿No querías volver a ver a papá?

—Anda hijo, dame un abrazo. Te he extrañado mucho. —Su padre extendió sus brazos. En respuesta, Sam liberó su rabia contenida volteando la mesa.

—No hay necesidad de ponerse así hijo, vas a asustar a tu madre. Anda, cálmate. No te aferres al pasado.

—¡Que no, carajo, que no! No sé si me estoy volviendo loco, pero esto no es correcto. Te amo Pa', pero esto no está bien.

—Y yo te amo hijo. El verde te ama.

—¿Qué carajos es el verde?

—El verde es todo. —Su madre dijo esto último como si fuera una verdad cotidiana. Como decir que el fuego quema.

—Estoy loco. Es la única explicación.

Sam atravesó la salida corriendo y cerró tras de sí. Se recargó contra la puerta y lloró mientras la voz de sus padres insistían, llmándolo desde dentro. Decidió seguir caminando por no tener un mejor plan, pero antes de irse aprovechó la oportunidad que su locura le regalaba.

—Hay muchas cosas que nunca te dije Pa'. Siempre fuiste mi orgullo. Te amo. —Se limpió las lágrimas y se alejó.

Después de caminar por un rato la eternidad del pasillo, encontró una nueva puerta. Se colocó frente a ella sin saber si abrir o no. Dentro podía esperarle una nueva pesadilla. Tras unos instantes su curiosidad ganó y abrió con precaución.

El interior era casi igual al de su departamento, pero los muebles eran diferentes. La ventana abierta de par en par dejaba entrar la luz del sol iluminando el cuarto. Daniela, su vecina de toda la vida, se encontraba apoyada en el respaldo de un sofá sonriéndole.

—Caray, creí que me estaba volviendo loco. Qué bueno que estás aquí.

—Claro que sí, ¿dónde más iba a estar? —Daniela jugueteó con su cabello pelirrojo. Le respondió con lascivia moviendo sus caderas con sensualidad. Vestía una playera negra que dejaba a la vista su abdomen esbelto. Sam se distrajo un momento apreciándolo y luego levantó el rostro hacia los ojos más verdes que vio en su vida.

—No sé, huyendo de toda esta locura. O tal vez solo yo estoy loco.

—Estoy donde quiero. Aquí. Contigo. —Le respondió con tanto amor y deseo que Sam no supo qué responder.

—¿Y tu familia? ¿Tus amigos, tu novio?

—Ellos están bien. El verde los protege.

—¿Qué tienen con el verde? Ya me tiene hasta la madre.

—Nadie se harta del verde. Es amor, deseo. Lo que anhelas. Si lo dejas entrar será todo lo que has soñado.

—Nadie puede darte todo lo que deseas.

—El verde todo lo da. Yo soy tuya porque el verde es mío. —Se aproximó a él y sin mediar palabra lo besó. Fue un beso profundo y lujurioso. Samuel se quedó petrificado. Daniela fue su fantasía secreta desde que se mudó al departamento, pero era una atracción desconocida por ella. Por eso el beso le resultó antinatural y tras el shock inicial la alejó.

—¿Qué carajos te pasa?— Puso sus manos en los hombros de ella para evitar que un segundo acercamiento.

—Es lo que deseas y por mí está bien. —Daniela le acarició los brazos.— Y yo también lo deseo.

—Nunca me devuelves ni el saludo. Esto no está bien. Nada tiene lógica. —Tragó saliva.

—¿No te agrada lo que ves? —La joven se deshizo de su blusa y dejó a la vista dos pechos firmes. Tomó las manos de Sam y las llevó a ellos. Él sintió sus pezones erectos y el calor que desprendían.

—No puedo hacer esto. Algo te pasa. Es como violarte. No puedo…

Daniela no le dejó continuar. Le hizo callar poniendo un dedo en sus labios y se fundió con él, que se dejó dirigir ya sin oponer resistencia. El miedo y la furia, la confusión y la búsqueda de verdad dejaron de importar. La levantó y la depositó en el sofá. Sin dejar de tocarla y acariciar le susurró al oído con un cariño del que no sabía que era capaz:

—Llevo tanto deseando esto. ¿Estás segura que deseas lo que vamos a hacer?

—Cada día de mi vida. —Pronunció las palabras que él deseaba escuchar.— Entra en mí. Ya no quiero perder ni un segundo. —Él obedeció. No se unió a ella a través sólo del cuerpo, sino con todo el deseo y el sentimiento contenido, en espíritu, cayendo más profundo cada vez en sus brazos. Después de lo que pudo ser minutos o siglos explotó en un final multisensorial. Habiendo satisfecho el deseo la abrazó.

—Eres lo mejor que me ha pasado. —Ella se mantuvo en silencio. —No quiero que termine nunca.

—Nunca terminó, mi amor.

—¿Cómo que…

Samuel no terminó su pregunta. Cuando abrió los ojos se encontró en una recámara y no en el sofá donde segundos antes creyó encontrar el amor. Volteó buscando a Daniela y la sorpresa dio paso al horror. Se encontraba acostada a su lado con los párpados medio cerrados por el cansancio. Arrugas surcaban su rostro y su cabello pelirrojo era blanco ahora. Se apartó de un salto de la cama con un grito corto pero no por ello falto de potencia.

—¿Qué pasa? Vas a despertar a todos.

—¿¡Pero qué chingados está pasando!?

—Vas a despertar a Sarita. —Sam no contestó. Su desnu-

dez no le importó. Salió corriendo de la habitación.

Cuando cruzó la puerta del cuarto se encontró en la sala de su propio departamento, con ropas iguales a las que usaba su padre. Una niña corrió a su lado gritando y sonriendo.

—Perdón abuelito, buenos días. —La niña de cabello pelirrojo y pecas le sonrió y continuó con su carrera rumbo a la cocina.

—¿Porqué corres como loco, Sammy? —La anciana lo siguió fuera de la recámara amarrándose la bata de dormir.— Te vas a romper algo.

—¿Qué demonios pasa? ¿Quién eres?

—¿Otra vez se te olvidó tomar el medicamento? Ve a tomártelo y vístete, que nos esperan en la universidad.

—¿Qué universidad? —Sam se llevó la mano a la frente con un mareo repentino, desorientado.

—No te hagas el gracioso. Cuarenta años trabajando y de pronto se te olvida la universidad. Y bien que te lo mereces por cuidar de tus alumnos y de la comunidad. Ya mejor apúrate, que Raquel y Juan van a pasar por nosotros. —Sam caminó por la sala sin prestar demasiada atención, admirando las fotografías en las paredes que mostraban el paso de los años sobre él y Daniela. No, más bien sobre su esposa, porque había una foto del día de la boda. Un traje

negro y un vestido blanco eran toda la evidencia, pero estaban ahí. En otra de las fotografías un niño y una niña sonreían. Supuso que se trataba de Juan y Raquel. En el marco y escrita con pasta de codito se leía ‹‹Feliz cumpleaños Pa'››. El abrazo repentino de su nieta lo sacó de sus pensamientos.

—¿No era esto lo que querías abuelito? —Abuelito. Qué palabra tan hermosa. Ese era su deseo más profundo. Una familia. Y el verde siempre sabe lo que deseas. Por eso Samuel ya no luchó. El verde era familia, deseo, amor. Samuel era amor.

Y mientras tanto en su departamento el cuerpo de Sam se encontraba inmóvil en su sillón, con la mirada perdida. Miles de plantas diminutas nacían de su cuerpo haciendo fotosíntesis con la luz aceitunada de la ventana, nutriéndose de la piel y sangre de su anfitrión. Así murió Sam, como cada miembro de la humanidad. Cerrando los ojos al exterior, hundiéndose en deseo y amor. Así la Tierra como incontables planetas antes, fue dominada sin resistencia y sin dar oportunidad de defensa o rebelión. Y el verde reinó en su victoria imperecedero e infinito.

AHUIZOTL

—Cuando yo era niño mi abuela me contó de ti. —Cirilo le habló así al ser que salía a su encuentro entre los árboles, mirándolo con firmeza desde la oscuridad del bosque.— Si tú llegas se acabó. Eres la muerte.

Como única respuesta su interlocutor, un felino tan grande como un gato montés erizó el terciopelo negro de su piel y bufó. La luna pintó luces plateadas en su rostro, delineando sus orejas triangulares, reflejándose en el carmesí de sus pupilas y en las dos sierras en sus mandíbulas. Su cola, una larga y gruesa cuerda, se veía coronada por un apéndice que hacía las veces de una mano cadavérica. El animal la acercó a Cirilo, como saludando al tiempo que hacía una reverencia burlona con la cabeza.

—Ya sabía yo que si me salía del jacal algo iba a pasar. Tú y los tuyos nada más esperan a los pazguatos que se descuidan. —Alargó su mano dura por el trabajo del campo y tomó la de la criatura, que le transmitió frío y humedad a todo el cuerpo.— Pero no me voy a ir llorando ni quejándome. Yo no me rajo, ni con el Ahuizotl.

—Haces bien. Detesto a los cobardes. A veces juego con ellos antes de llevármelos.

El Ahuizotl se acercó al joven indígena y se frotó en sus musculosas piernas. A pesar de que Cirilo era el más alto de su pueblo, el animal medía al menos la altura de su cintura, donde enroscó la boa que era su cola, sin soltarle la mano.

—Nada más dime por qué.

—Pues... porque puedo, desde que existo no he hecho nada más. A veces me siento solo. Cuando me siento así, me acerco a tu gente y entro al agua con uno de tu raza y ahí me hace compañía. Al menos hasta que vuelvo a salir del agua.

El Ahuizotl apretó su cola estrujando a Cirilo, que emitió un ligero suspiro de dolor. Poco a poco, la prensa se hizo más fuerte. El valiente indígena sintió ceder los huesos de su cadera mientras se fracturaban. El animal siguió apretando, estrechando el abrazo como una anaconda. Al final, el dolor fue tanto que Cirilo comenzó a gritar de agonía, pero el Ahuizotl no aflojó la presión ni un poco, sino más bien hizo reptar a su mano por el cuerpo del hombre, enroscándose en su tronco, comprimiendo sus brazos. La garra en su extremidad parecía una araña atrapando su alimento en la telaraña. El estruendo de los gritos de Cirilo era tal que de no estar viviendo un episodio místico encerrado en su propio universo de dolor, todo el pueblo le hubiera escuchado, a pesar de estar tan dentro del bosque y tan lejos de la población.

—Creí que no te ibas a quejar. —La criatura hizo un gesto casi humano de aburrimiento y apatía.— En fin, todos los hombres son iguales. Hace mucho que olvidaron la sangre de guerra que corre por sus venas. Ignoran su pasado y por eso

yo los dejo sin futuro.

El Ahuizotl le dio la espalda y sin dificultad lo arrastró a lo más profundo del bosque. En medio de las tinieblas el llanto desgarrado de la víctima invocaba la ayuda de los ángeles y las maldiciones de todos los infiernos. Después de lo que pareció un arrastrar en la eternidad, víctima y victimario llegaron a la orilla de un lago.

—Tú… hijo… del … averno. Me conde…nas. Yo… yo te condeno a ti…

—Tú no me puedes condenar. —El Ahuizotl acercó su hocico hasta que su presa sintió su aliento fétido en el rostro. — Yo era un monarca, casi un dios. Un hombre me maldijo a ser esto. Y por eso… por eso voy a hacer pagar a tu raza para siempre.

Cirilo fue arrastrado de nuevo sin poder resistirse hasta que sintió el contacto helado del agua. Se hundieron en el lago. Con las fuerzas que tenía, intentó aguantar la respiración y luchar. Sin pensamiento, con puro instinto, peleó una batalla que no podía ganar. La cola del Ahuizotl pareció infinita e inacabable. El demonio felino llevó su asquerosa mano a la boca de Cirilo y la forzó a abrirse. La garganta y los pulmones del hombre se llenaron y un líquido gélido entró rasgándolos. Un frenesí de convulsiones agitó el agua. Con el espíritu que le restaba intentó arrancar la mano pútrida de su boca, pero sus manos rotas se hallaban presas

pegadas a su cuerpo. El movimiento disminuyó y comenzó a perder la consciencia, rogando a los ángeles una última oportunidad, deseando con todas sus fuerzas que el mismo dios bajara a salvarle. En su mente, dios bajaba en un destello verde y lo liberaba de su enemigo para que pudiera nadar a la orilla. En el último instante, una luz verde que parecía surgir del cielo saturó su vista. Después, mientras la muerte llegaba, todo se tornó negro.

Cirilo despertó tumbado boca abajo en la orilla, sin poder explicar cómo había salido del agua. A su lado el Ahuizotl respiraba lento y con dificultad. Mientras miraba al ser, comenzó a cambiar. El pelo cayó del cuerpo del salvaje hasta dejarlo lampiño. Con un rictus de dolor, la bestia gruñó y comenzó a estirarse y cambiar hasta que surgió la silueta de un hombre moreno y de rasgos fuertes, los rasgos de un emperador. Se intentó levantar, exhaló un último aliento y murió.

La mañana había llegado y con ella, la salvación. El hombre se incorporó sin poder creer que estaba vivo. No sabía cómo había llegado a la orilla o qué había pasado, pero estaba vivo. Se levantó, gritó un gracias al cielo y respiró con alegría. Luego se acercó al cuerpo y lo arrastró hasta regresarlo al agua. Se dio la vuelta para dirigirse hacia el poblado y entonces el horror se hizo presente. Una prominencia peluda y oscura surgía de donde comenzaban sus nalgas. Y al final

de la cola, una horrible mano se movía sin control, queriendo regresar al agua. Gritó de terror con todas sus fuerzas, pero un gruñido áspero como el aguardiente acompañó el aullar de su garganta… Y ese aullido, con toda su horrible verdad, reverberó en su cabeza casi tanto como en el bosque. El aullido se convirtió en una súplica de dolor mientras Cirilo caía al suelo y poco a poco iba cambiando, reconfigurándose. Y así, siguió vivo recordando para siempre esa primera noche, vagando por los bosques donde el Ahuizotl vive, esperando por siempre.

ÚLTIMO ADIÓS

—En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, sal del cuerpo que habitas y baja a los infiernos. —El padre Nicanor sujetó su biblia con fuerza y siguió recitando el ritual romano de exorcismo que se realizaba bajo la Parroquia de San Antonio de Padua.

—Ni mo yolpachojtok.[1] —Su interlocutor habló, pero el padre no hizo nada por entenderlo.

—Dice que tiene el corazón acongojado. —Juan, el acólito del padre Nicanor, hacía de traductor y de ayudante.— Creo que habla en náhuatl.

El sacerdote no contestó. En su lugar continuó rezando. Era noche y debía terminar pronto si quería evitar que los fieles de la misa de la mañana sufrieran con lo que estaba pasando.

El supuesto poseído siguió hablando en su lengua. Era un hombre alto y de complexión fuerte que de no ser porque estaba amarrado a la estructura de una cama, habría reducido sin problemas a sus dos captores. Se llamaba Antonio Anáhuac. Sus facciones y tono de piel recordaban a la de los antepasados mexicas.

—NimiŊtlatlauhtia, iknimej.[2] —Antonio no lograba hacerse comprender por los dos hombres a pesar de hablar español toda su vida.

---

[1] Tengo el corazón acongojado.
[2] Por favor, hermanos.

—Suplica y nos llama hermanos. —El acólito no dejaba de traducir.— Padre, nunca vi un poseído así, tan calmado.

—Yo tampoco, pero tenemos que ser precavidos. Este exorcismo fue solicitado por la mayor autoridad. —Se limpió el sudor con un pañuelo blanco y luego tomó agua y sal y procedió a bendecirlas recitando versículos de la biblia de memoria. A continuación mezcló ambas sustancias.— No le contestes ni le intentes hablar. Recuerda que el diablo intenta engañarnos de múltiples formas.

Arrojó agua bendita a Antonio y después sobre ellos mismos. No surtió efecto sobre ninguno de los tres. Besó su estola morada y continuó con el ritual diciendo todas las oraciones correspondientes. Al terminar se puso de rodillas.

—Señor, libera a este siervo tuyo que está sujeto por las cadenas del dominio demoníaco. —Colocó una cruz de plata pura sobre la frente del presunto endemoniado.— Que encuentre la paz…

No terminó la oración. De la boca de Antonio surgió un bao verduzco. Su rostro se tornó en una máscara de furia. Sus ojos se tornaron blancos por completo.

—Ya no voy a hablar. No voy a hacerles daño, pero no voy a tolerar humillaciones. —Su voz se tornó poderosa, como si cada palabra llevara consigo un huracán. Los dos hombres

entendieron como si todos hablaran el mismo idioma. Arrancó las ataduras con facilidad y al erguirse hizo crujir el suelo. El temblor fue perceptible más arriba en la parroquia, por lo que fue una suerte que no hubiera feligreses a esa hora. Antonio dio un paso y el vibrar del piso provocó que el acólito y el sacerdote cayeran boca abajo. El padre se levantó con rapidez y arrojó todo el bote de agua bendita sobre el indígena.

—¡En nombre del señor te lo ordeno, sal! —Sus gritos atrajeron a Antonio.

—Soy vida y muerte. Perdón y castigo. Doy, pero también quito. —Tocó al padre en la frente, a la misma altura donde le habían colocado la cruz. En un instante el rostro comenzó a enrojecer e hincharse tomando el aspecto de un globo. Cuando la cabeza no soportó más, estalló regando masa cerebral y sangre por todo el cuarto.

El acólito corrió para escapar, pero algo le impidió la huida. Antonio lo detuvo antes de atravesar la puerta y lo abrazó con ternura.

—Hijo mío, no tienes nada qué temer. Para ti, soy vida. —Exhaló un suspiro y el gas verde de su interior entró en las fosas nasales del joven. Su cuerpo se relajó. Se sintió fuerte, vital. Comprendió que Antonio le había infundido salud y vitalidad.

—¿Qué eres? ¿Qué me hiciste?

—Era Tonahuac en forma humana. Ahora soy Ometéotl. Te di el regalo de la vida. No lo desperdicies, hijo mío. —Salió del cuarto con el mucha detrás de él.

Cuando Ometéotl salió se encontró en el jardín de la parroquia, que consistía en un jardín dividido por un pasillo central y dos pasillos pequeños a cada lado, uno recto y otro diagonal, los cuáles creaban pequeñas florestas. El perímetro del jardín se resguardaba tras muros bajos y rejas negras. Caminó por el pasillo de en medio hasta el límite frontal del jardín y antes de salir dio media vuelta encarando el edificio principal de la parroquia. Se inclinó abriendo las manos en un gesto de respeto a la deidad a quien pertenecía el templo y se condujo al exterior.

La plaza externa le pareció pequeña, pero recordó lo mal que trataban a su dios los extranjeros y no le resultó extraño. Dado el pequeño espacio, ese demiurgo no debía tener muchos seguidores en la actualidad. Descubrió un auditorio a su izquierda, pero creyó que se trataba de un área de sacrificios. No entendía porqué la construyeron hacia el fondo en lugar de hacia lo alto, pero no gastó tiempo en averiguarlo. Frente a él encontró un reloj de piedra. No conocía esa medición, pero comprendió la ciencia de su fun-

cionamiento.

Escrutó el cielo nocturno, pero no encontró lumbrera alguna. Decidido a ver el cielo como lo creó, insufló su aliento al ambiente como si fuera un torpedo que al explotar se llevó la contaminación, apareciendo con ello la luna y las estrellas. Sonrió mientras el reflejo lunar irradiaba hacia su piel. Alegre, Ometéotl aumentó su fulgor hasta engañar a la noche para que se creyera día. Cegó a Juan, que lo seguía de cerca sin hablar. Cuando su luz luminiscencia disminuyó ya no quedó rastro de Toño Anahuac, o Tonahuac. Sólo quedó Ometéotl. Su alta figura dividida por la mitad del eje coronal mostraba en la derecha el color rojo de la sangre y en la izquierda el negro de las tinieblas. Sus cuencas emitían una fosforescencia esmeralda. Líneas blancas surcaban su cara creando un tatuaje tribal. Un tocado de plumas mezcladas deslumbraba con tonos jade y escarlata. En la mano izquierda apareció un báculo coronado de obsidiana. En la derecha otro más, pero con una mano extra en la parte superior.

—¿En dónde estoy y dónde están mis siervos? —Buscó a uno y otro lado, pero nadie se acercó.

—Ya no tiene súbditos. No desde hace siglos. —Juan habló lento. No quería enfurecerlo. —Estamos en Teoloyucan. Usted lo debe de recordar como Tehuilloyocan.

Ometéotl recordó. Lo recordó todo. El esplendor de su pue-

blo. El arribo de los extranjeros, súbditos de un nuevo dios. Hombres que no seguían las leyes de su deidad y no transmitían amor, pero saqueaban, mataban y pisoteaban sus tierras y a su gente. Carroñeros que traían enfermedad y se nutrían de los restos de una sociedad destruida. También recordaba el llanto de la potestad blanca que venía de más allá del mar. Un ser divino al que no podía culpar de los actos de sus hijos sanguinarios.

Sintió vergüenza por la traición de su raza, por dejar de rendirle tributo a su propio panteón. ¿Y porqué? ¿Por miedo a la muerte? Una muerte tras la cuál esperaban Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl. ¿Cuántos hombres son recibidos por sus creadores en el más allá? Y sus santos hermanos tampoco estaban libres de culpa, huyendo cuando sus servidores más los necesitaban. La furia creció en él. Surgieron llamas de sus dedos, unas oscuras y otras carmesí. Maldijo a los extranjeros y la batalla en la que los enfrentó, así como su derrota. Con sus energías diezmadas por hechizos que no conocía, fue encerrado en un cuerpo mortal. Pero estaba de vuelta en toda su gloria gracias al mismo poder que lo encerró.

Se elevó hacia el aire y creció en tamaño, listo para acabar con ese linaje envilecido. Liberó el gas de sus pulmones y los vientos se oscurecieron de nuevo. Nacieron relámpagos y po-

co después la lluvia.

—Los condeno a todos a la muerte eterna. Sin más allá. Sin paz. —El rugido de su voz reverberó en el cielo superando a la tormenta. Dirigió sus manos hacia abajo para llevar a cabo su juicio, pero se detuvo en el último instante.

En medio de la plaza, con la mandíbula temblando y empapada, una anciana vendedora de atole,con ropas indígenas y piel cobriza observaba el firmamento con terror. Le mostró algunas semillas alzando las manos. La curiosidad de Ometéotl disminuyó su furia y dejando amainar la tormenta descendió a tierra.

—Mi señor, ten piedad y toma mi ofrenda. —Las semillas de maíz tenían manchas de sangre que la lluvia no había alcanzado a lavar.— No tengo nada de valor, pero lo que tengo es tuyo. —El gesto enterneció el semblante de Ometéotl.

Juan se acercó para observar con mayor detalle. El dios le entregó la ofrenda de la mujer y de alguna manera supo qué debía hacer. Corrió a tirarlas entre las jardineras y al instante florecieron pequeñas flores de magnolia. Arrancó unas cuántas y las llevó a su nuevo señor.

Ometéotl las tomó y las depositó sobre las manos de la vieja, que manaban riachuelos de sangre. Las flores se disolvieron y sus heridas cerraron. La tormenta cedió por completo y con

ella los restos del enojo del ser. Sin dejar de verla a los ojos habló:

—Niña, acepto tu ofrenda, y con ella a mi pueblo. No temas. Ahora veo mi error.

Se separó de la anciana y del chico para tomar su lugar en la bóveda celeste. Aún habían fieles leales a él y sus hermanos y merecían ser protegidos, no odiados. Por eso se sacrificó. Cerró los ojos, se convirtió en un astro flamígero y luego estalló en miles de haces diminutos que se desperdigaron en busca de los descendientes de su prole, para entrar en ellos y que su luz los protegiera por siempre. Desde ahora era todos y uno, lo que le proporcionó paz. Y abajo, en tierra, la vieja y el chico se convirtieron en apóstoles y testigos del regreso y último adiós de Ometéotl, el señor dual de la creación.

MISIÓN FINAL

Shiro se ató la máscara menpo[1] con cuidado para evitar que le dificultara la vista, desenvainó la odachi[2] y la tomó con ambas manos, espoleó a su caballo y con un grito se lanzó a la carga contra el enemigo, guiando a su clan a la batalla. La noche sin luna le dificultaba ver al oponente, pero respiró con tranquilidad y blandió la odachi en grandes círculos a los lados de su caballo. En el camino cortó cuerpos y cercenó miembros. Su clan estaba bien entrenado y manejaba bien las distancias, por lo que no tuvo duda de estar mermando al enemigo. Escuchó las zancadas veloces de un caballo viniendo del frente, a la derecha. Levantó la odachi en posición horizontal hacia esa dirección y el jinete que venía a su encuentro cayó muerto en el suelo. Avanzó algunos metros más, pero de pronto su caballo tuvo una convulsión y lo arrojó al suelo separándole de su arma. Se levantó al instante y desenfundó su katana. Se colocó en chudan no kamae[3], con la katana al frente preparado para atacar. Cuando sus oponentes se percataron de su presencia, fueron a su encuentro todos a la vez. Eran cuatro samurai jóvenes, que no pasaban de los quince años. A pesar de la oscuridad y las máscaras que llevaban, podía ver sus ojos. Estaban aterrados.

---

1 Máscara que usaban los samurai durante la batalla. Con formas demoníacas, los protegían y amedrentaban al enemigo.

2 Katana más grande de lo normal. Se utilizaba para pelear montado a caballo. Su hoja medía al menos noventa centímetros.

3 Posición inicial de combate en kendo, con la katana hacia el frente, los hombros rectos y las piernas semi flexionadas.

Hizo ademán de lanzar un ataque y los cuatro se detuvieron al mismo tiempo. Aprovechó esta distracción y retrocedió. Los jóvenes reaccionaron y volvieron a avanzar. Shiro contaba con ello. Se arrojó a ellos en el momento en que avanzaban sabiendo que no tenían equilibrio. Los cortó por el abdomen de un solo tajo. El olor a sangre le impregnó la nariz mientras los jóvenes exhalaban su último aliento. Ninguno de ellos lloró, y eso les ganó su respeto.

Buscó con la mirada en la oscuridad hasta encontrar al líder enemigo, Mitsunari Gozen, que peleaba contra tres guerreros del clan Mogami, a quien pertenecía Shiro. Corrió a pesar de lo mucho que pesaba su armadura, atacando y destrozando enemigos en su carrera. Llegó ante él sólo para verlo decapitar, apuñalar y desmembrar a los tres guerreros. Gritó y atrajo la atención de Gozen. Sacudió su espada y se lanzó al combate. Las katanas chocaron tantas veces que el acero mellado de ambas amenazó con romperse. No había odio en los dos contrincantes, sólo la lealtad y la responsabilidad grabadas en el rostro. Cuando su katana estaba a punto de romperse, Shiro encontró una abertura en la defensa de su enemigo y atacó con una estocada al cuello. Los brazos de Gozen cayeron sin fuerza a los lados y su cuello recorrió el camino de la katana hasta frenar en la guarda de la empuñadura. Con respeto Shiro sacó la empuñadura del cue-

llo de su rival y la levantó gritando para reclamar la victoria, pero el grito terminó antes de salir y un sabor profundo a sangre le impregnó el paladar. Detrás de él, un soldado de su propio clan le sorprendió y cortó su garganta. Cayó boca abajo y con sus últimos esfuerzos se giró para mirar a su atacante. Tenía los ojos vacíos. No había deseo asesino ni tampoco piedad. El asesino se quitó la máscara y descubrió una cara desconocida para Shiro. No era uno de sus hombres. Era un suppa[1], un shinobi[2], un asesino silencioso. En un acto final, levantó la katana y lo atacó cortando su mejilla, pero el asesino no sangró, o no pareció hacerlo. Sin conseguir hacerle ningún daño, murió.

No entró al más allá ni trascendió hacia la budeidad[3]. En su lugar, volvió al momento mismo de su muerte, tirado entre la tierra seca de septiembre. A pesar de la lobreguez pudo ver todo con claridad. Los combatientes se encontraban congelados en el tiempo como si fueran actores kabuki[4] en el instante anterior a abrir el telón y él parecía ser el único espectador capaz de verlos o de moverse. Hizo el amago de levantarse, pero su cuello aún manaba gotas de sangre. Escu-

1 Ninja.
2 Otro término para denominar al ninja.
3 Iluminación del budismo.
4 Teatro japonés con actores maquillados. Solía ser de género dramático o épico.

chó las pezuñas de un caballo acercándose y se desesperó, pero no pudo hacer nada. Mientras el animal se acercaba, un olor a hollín apareció destrozando su nariz. Penetrante y áspero, no sólo entraba en sus fosas nasales, sino en todo su cuerpo. Al fin el caballo llegó a su lado y con él una oscuridad que parecía cubrirlo todo. El equino parecía un gigante. Su piel y cabello eran rojos y a Shiro le dio la impresión de que tal vez habia estado en miles de batallas. Montado en él, un espectro le miraba con desdén. Sus cuencas eran dos lámparas chochin[1] verdes iluminándole el rostro. Shiro mantuvo la compostura. Si un shinigami[2] había venido por él, ni en la muerte le encontraría deshonrando a su clan. El aparecido se apeó y acercó su rostro a él.

—Eres un guerrero valiente. Inútil, pero valiente. —Su voz era un vendaval.— Qué desperdicio. ¿Cómo puedes servir a tu daimyo[3] estando muerto? ¿O crees que a tu shogun le importa que hayas muerto? Ni siquiera sabe quién fuiste.

—No necesito que mi señor me conozca. Sólo servirle. Una muerte si es digna engrandece. — Habló lento y en un susurro.— Todo lo que siempre he deseado es poder servir a mi señor. Un cobarde no le sirve de nada.

—¿No sería mejor seguirle sirviendo? ¿Sabes lo que va a

---

1 Lámparas de papel típicas de Japón y China. Se ponían a las entradas de

3 Los daimyo eran señores feudales que cumplían la función de ser

pasar con tu señor ahora que no estás? —El shinigami tomó su mano y le regaló una visión del futuro. Su daimyo, Mogami Yoshiaki, escuchaba al shogun[1] Tokugawa Ieyasu. Vestía kimono[2] blanco y lo tenía descorrido hacia la cintura. En seiza[3], esperaba. A su lado, el hijo de Shiro, Tenma, esperaba con la katana levantada lista para caer sobre el señor feudal. A una orden del shogun, su señor ofreció seppuku[4]. La sangre y el interior de su vientre mancharon sus ropas y mojaron el suelo al tiempo que Tenma le cortó la cabeza. Mientras todos observaban la muerte con respeto, una sombra se acercó al shogun y desprevenido, lo asesinó. Con un grito, Shiro volvió de su pesadilla.

—¿Ahora entiendes? No hay honor en morir sin motivo. —El espectro guardó silencio un instante.— Pero puedes evitarlo.

Shiro no respondió, pero clavó su mirada en el espectro.

—Yo puedo devolverte a la vida con un poder que nadie ha tenido jamás más allá de mí mismo. Acepta y estoy dispuesto a darte el poder que necesitas para salvar a tu clan, a tu señor y a tu shogun. Te necesito. Tu honor te requiere.

---

1 Líder militar que cumplía la función de ser el gobernante de todo el país,

3 Posición japonesa de sentarse con las piernas dobladas hacia atrás.

4 Seppuku era el suicidio tradicional japonés. Era un forma de morir con honor. El ejecutante tomaba un tanto sin empuñadura y se perforaba el abdomen, para luego proceder a razgarlo. Para evitar que el suicida

Shiro no respondió con palabras, pero su mirada lo dijo todo. Si esta era la forma de servir, la tomaría sin pensar. Reunió todas sus fuerzas y tocó al espectro en el brazo. Éste entendió y acercó aún más su rostro. Sus ojos aumentaron la intensidad de su fulgor y Shiro sintió cómo el rostro se le encendía. Sus propios ojos ardieron hasta igualar a los del ser que tenía frente a él. La cara se le incendió y la máscara se le pegó a la piel. Un instante después estuvo de pie. El dios volvió a subir a su caballo.

—Gran señor, ¿Porqué me ayudas?

—Uno de mis hijos se corrompió. Le di mi poder y ahora lo pervierte. No puedo llevarlo al más allá y tampoco tengo poder en el reino de los vivos. Es el hombre que te quitó la vida.

—Ve y salva a tu señor, detén a mi hijo. Yo te voy a acompañar a cada paso, en cada prueba. —Giró a la bestia y dio una zancada, con la que desapareció.

La escena volvió a cobrar vida. El combate continuaba. Giró para entablar a su asesino, pero había desaparecido. Levantó la cabeza y gritó para detener la batalla, pero la estridencia de su propia voz lo asustó. El campo de batalla quedó inmóvil y en silencio. Un instante después sus enemigos tiraron las armas y la batalla se ganó.

No obstante la victoria, sus hombres no celebraron ni se acercaron a su casa de campaña. Todos se mantenían temero-

sos ante su presencia. En privado y frente a un espejo de bronce, él mismo no se reconoció. Los ojos con llamaradas verdes y la máscara fundida a su rostro le daban un aire demoníaco. Tampoco respiraba. Se había convertido en un akuma[1]. Entendió que no podía seguir entre los humanos comunes. Llamó a Mogami Kiba, su sobrino y segundo al mando.

—A sus órdenes, oji-san[2]. —El muchacho de veinte años era la persona de mayor confianza para Shiro, pero no pudo evitar estremecerse ante la presencia de su general. No era sin embargo un estremecimiento de terror, sino de asombro ante el poder que percibía en su tío.

—Prepárame un caballo. Voy a partir en seguida. No me sigan. Quedas al mando. —El demonio en su voz transformaba las órdenes en ladridos de furia.

—Oji-san, si es por su apariencia, yo no le temo. Sus hombres son leales. Sólo deben acostumbrarse.

—No. Soy un distractor para las tropas. Hay otras formas en las que puedo servir a nuestro señor. —Puso el hombre sobre el chico.— Eres un guerrero digno. Sal y alcanza la grandeza.

El nuevo general salió de la casa de campaña y Shiro se alistó para marcharse. Mientras tomaba sus armas y algunas

[1] Demonio del folclore japonés. Solía tener la cabeza en llamas y era capaz de causar aflicciones y locura en el ser humano.
[2] Tío.

viandas, recordó a su asesino y la visión de su señor. A partir de ahora y lejos de la gente, tendría dos misiones. La primera, detener la caída de su señor. La segunda, encontrar al akuma que tomó su honor en la batalla y liquidarlo. Pensó en la esposa y la hija que le esperaban en casa y a las que nunca podría volver a tocar, en el clan del que ya no podría formar parte. Todo ello era un sacrificio digno de su señor. Después de todo, él ya estaba muerto. Miró una última vez su reflejo en el espejo metálico y luego lo destrozó con un golpe. Salió a la noche, tomó la montura que le había preparado su sobrino y se perdió en las sombras.

Al amanecer se refugió en una cueva a las afueras de Kyoto[1]. Necesitaba estar cerca del castillo Nijo[2] cuando el daimyo se acercara, y enterarse de la razón por la que el shogun lo condenaría a muerte, pero por ahora debía descansar. Una voz en su cabeza que sabía era la del shinigami le decía que el día era su enemigo. Se tumbó en el suelo de piedra e intentó dormir, pero tampoco parecía necesitar descanso. Tomó un poco de arroz de las provisiones, pero apenas tocó su boca le causó arcadas y le hizo vomitar. Dejó de hacer todo lo que un humano normal haría y en su lugar se sentó a meditar. Fue una meditación oscura y sin paz, pero al menos sirvió para entretener su día.

[1] Antigua capital de Japón. Luego cambiaría a Edo (Tokio).

Al llegar la nueva noche salió de la cueva. Ató al caballo y tomando ventaja de la oscuridad se encaminó al castillo hasta que lo tuvo a menos de doscientos metros. Se encaramó a un árbol y se dedicó a observar. Necesitaba encontrar la manera de entrar para tener una audiencia con su señor cuando llegara al castillo. El viento otoñal hacía bailar las hojas, silbando una música que sólo los árboles podían entender, lo que le proporcionaba la situación perfecta para ocultar su presencia. Permaneció dos horas en esa posición, hasta que un ruido debajo de él llamó su atención.

En las tinieblas, un hombre se movía con la ligereza de un felino saliendo del castillo en dirección hacia donde él se encontraba. Pasó tan rápido por su lado que no alcanzó a razonar lo que pasaba hasta que ya le llevaba treinta metros de ventaja. Reconociendo al akuma escapando, saltó del árbol y lo siguió. Cuando el perseguido se dio cuenta de que le seguían, giró de nuevo hacia los árboles en un intento por huir. Le cerró el paso, pero el hombre saltó y siguió corriendo hasta que se perdió de su vista y el bosque se lo tragó. Ante la imposibilidad de seguirlo, Shiro se detuvo. Se quedó un momento en completo silencio, pero ya no logró escucharlo.

A punto de volver a esconderse en los árboles, un halarido proveniente del castillo despertó la alarma. Olvidó al hombre y sólo pudo pensar en su daymio. Corrió en dirección al edi-

ficio saltando por entre los oficiales que vigilaban, que no se percataron de su presencia. En sus adentro agradeció al shinigami por una fuerza y agilidad que nunca había tenido. Más halaridos siguieron al primero. Lo llevaron a las habitaciones de huéspedes. Los biombos de papel arroz pintados con arte rinpa[1] se encontraban desgarrados, con tiras colgándoles como intestinos de papel en una escena del crimen. En medio de la habitación central, una de las concubinas del shogun yacía muerta. Otra Más gritaba pidiendo ayuda. Se acercó a investigar el cadáver y la chica volteó a verlo y luego se desmayó. Shiro no se detuvo para inspeccionar el cuerpo. Tenía la garganta aplastada y los ojos reventados. La habían ahorcado. Tomó a la superviviente en sus brazos y la sacudió hasta despertarla. Cuando lo consiguió, le tapó la boca.

—No grites. Guarda silencio. —La mujer se orinó encima del miedo al ver sus ojos centelleantes.

—Soy un akuma, y si no me contestas con la verdad, voy a quemar tu cuerpo y tu alma para que ardas por siempre. —La concubina, aterrorizada, balbuceó. Los nervios no le permitieron articular palabra. Shiro la levantó y la acercó al cuello de la difunta.— ¿Tú lo hiciste?

—No… no. —Por poco se desmaya de nuevo, pero el agarre

[1] La pintura rinpa fue un arte que se plasmó en pergaminos, biombos y abanicos colgantes.

firme de Shiro le dolió tanto que se lo impidió. Habló con la voz rota por el miedo y la tristeza— Yo no fui, lo juro. Yo la quería.

—¿Quién entonces?

—Un hombre… con ropas del clan Mogami.

—¡Estás mintiendo! —Apretó más fuerte a la chica, que soltó un aullido. —Nadie en el clan Mogami se atrevería a hacer esto.

—No... no… no miento. Lo juro. —Los pasos de los guardias ya se acercaban.— Un hombre con armadura y con los ojos muertos. Tenía una herida en la mejilla derecha. Por favor, se lo ruego, no me mate. —La chica cerró los ojos y cuando los abrió, el akuma se había ido.

Shiro se perdió en la negrura. Quería correr tras el akuma, pero sabía que era inútil. Su asesino había vuelto a atacar, infiltrando sus filas y manchando el nombre del clan, lo que sin duda atraería al shogun que buscaría castigar a su daimyo. Eso lo haría viajar al castillo,lo que daría al asesino la oportunidad de acabar con él. Pensando en ello, corrió a la cueva para planear lo que haría.

Tuvo qué permanecer varios días y noches encerrado. La muerte de la concubina del shogun tenía a todo el mundo alerta. Caían cabezas, se vigilaban los caminos. Cuando por fin se sintió seguro de poder salir, encontró carteles pegados

a los árboles, advirtiendo del criminal y de él como si fueran aliados. Era natural. Después de todo, había asustado a la testigo para interrogarla. Quiso evitar dañar a sus tropas y sin embargo, ahí estaba, poniendo en duda la credibilidad de todo su clan. Enojado, golpeó un árbol con sus puños, y al instante estalló convertido en astillas. El ruido alertó a todos y de nuevo huyó a la cueva.

Sabiendo que era imposible esconderse para siempre y que buscarían por todo le territorio circundante al castillo, tomó su caballo y se alejó. Sabía que había frustrado la huida del homicida y eso le forzaría a acelerar sus planes, y sólo existía una forma para hacerlo. Así él también formó su estrategia: alcanzar al shogun y a su daimyo en la ruta Nakasendo[1]. Si el asesino quería llegar a ellos, él llegaría antes. Le preocupaba tener un refugio para la mañana, pero era un guerrero. Dudar no era una opción.

Tras siete noches avanzando todo lo que le resultó posible, al fin se acercó al shogun. De acuerdo a sus cálculos debía alcanzarlo en una noche a lo sumo. La ruta Nakasendo tardaba quince días en ser transitada entre Edo y Kyoto, pero el viajar de noche le ahorraba tiempo y le evitaba tener que esconderse de los viandantes. Así, con toda seguridad el shogun habría avanzado apenas tres días cuando le diera al-

[1] La ruta Nakasendo conectaba a EDO (Tokio) con Kyoto durante el período Edo.

cance. Debía ser cuidadoso o sus guardias lo intentarían detener y defenderse lo haría ver culpable. Galopaba concentrado pensando en su plan cuando una presencia acercándose con velocidad llamó su atención. Detrás de él corría el hijo del shinigami. También quería llegar al shogun

—¡Nooo! —Gritó con todas sus fuerzas. Espoleó al caballo y corrió. Frenético, forzó a la bestia arriésgandose a causarle la muerte.— No dejaré morir al shogun, tú, maldito oni[1].

—No puedes evitarlo. Nadie puede. —Escuchó por primera vez la voz de su asesino. Era como escuchar acero chocando.— Tokugawa Ieyasu debe morir para que el pasado perdure.

Shiro lo ignoró. No se atrevió a pensar en nada, ni a sentir. Lo único presente en su mente era su misión. Tenía que alcanzar al shogun. Tenía que mostrarle al asesino antes de matarlo, limpiar el nombre de su señor. Aceleró aún más, con el caballo agotado. Y detrás de él, su enemigo seguía acercándose. Creyó que no lograría su cometido, pero de pronto vio las antorchas de una caravana. Por el séquito que la acompañaba supo que el hombre al que buscaba estaba ahí. Llegó hasta la caravana gritando, aterrando con su voz ciclópea a los guardias y despertando al shogun. Saltó del caballo y se plantó dando la espalda a los guardianes.

[1] Ogro o demonio japonés. Es en estos personajes que se inspiran las máscaras tradicionales de los samurai.

—¡No soy su enemigo! ¡Alguien viene a matar al señor Tokugawa!

Los guardias no supieron cómo reaccionar por un segundo y luego lo rodearon. Desenvainaron sus katana y apuntaron sus yari[1] hacia él. Se acercaron dispuestos a atacarlo.

—¡No soy su enemigo! —No desenvainó. No quería demostrar hostilidad, pero su aspecto no ayudaba. —Sólo quiero salvar a mi señor Tokugawa y evitar la muerte de mi señor Mogami.

—¿Shiro? —Escuchó detrás de él la voz de su daimyo y se giró. Su señor estaba atado de manos y pies.— No sé si vienes del infierno a llevarme, pero dame la oportunidad de morir con honor y alcanzar la budeidad.

—Mi señor, no vengo por usted, sino a protegerlo, a liberarlo de un castigo inmerecido. Ni la muerte pudo evitar que le sirva a usted y a mi shogun.

El shogun emergió del carro donde viajaba y miró con enojo al guerrero, creyendo que se trataba de un segundo intento de asesinato por parte del clan. Se bajó del carruaje y caminó hacia él.

—No sólo matan a mi concubina más amada, sino que mandan a otro asesino a intentar matarme. —Hizo una pausa

y luego tomó la katana de uno de sus guardias.— ¡¿Cómo te atreves?! ¡Soy el shogun, soy invencible, soy divino!

—Mi señor, yo vengo a servirle. —Hizo ademán de arrodillarse, pero antes de llegar al suelo el shinigami en su interior le gritó una advertencia. Desenfundó su katana y se arrojó hacia el shogun. Todos gritaron creyendo muerto al líder militar, pero en su lugar, la katana de Shiro chocó contra el tanto[1] del asesino. Fue sólo un instante, pero hizo toda la diferencia. Los guardias reaccionaron y protegieron al shogun, que volvió al interior de su carro.

—Tú mueres aquí. —Con un tai sabaki[2], Shiro derribó a su contrincante, pero éste se levantó al instante.

—No puedes matar lo que ya está muerto.

El asesino tiró el tanto sabiendo que estaba en inferioridad y sacó un kusarigama[3]. Giró y aceleró el arma haciendo círculos pequeños que poco a poco se fueron ampliando. El kendoca avanzó con pisadas firmes que retumbaron en el suelo de arena y atacó. Su contrincante atrapó la katana con la cadena y lo atrajo hacia sí. Luego se trepó a sus espaldas y con la hoja de la kusarigama le degolló. No brotó sangre ni causó dolor a Shiro, que lo lanzó con todo y cadena de nuevo sobre el suelo. El samurai corrió tras él para no dejar que se

1 Cuchillo pequeño llevado al cinto, junto con la katana.
2 Desplazamiento lateral retrasando un pie. Movimiento típico en kendo y karate.
3 Arma compuesta por una cadena con una hoz en un extremo y una plomada en el otro.

pusiera de pie, pero no fue tan rápido. Habiendo perdido la oportunidad, retrocedió un paso y volvió a ponerse en posición de combate. Habló para desconcertar a su oponente

—Esto se acabó. No puedes ganar. No dejaré que toques al shogun ni al daimyo. Voy a detenerte.

—Si Tokugawa no muere, vendrá una era de paz, y no puedo permitirlo. Me forzaste a cambiar mi plan cuando te apareciste en Nijo, pero no puedo dejarlo ir vivo.

El espadachín rompió la conversación atacando de nuevo. Quería sacar de concentración y balance la pelea y ponerla a su favor. Se enzarzó en una serie de golpes entre la espada y la kusarigama y como había pasado antes de su muerte, encontró una brecha en su oponente. Atravesó al oni en la garganta, pero éste no se inmutó. En su lugar clavó la kusarigama en su corazón, para luego sacar la katana de su garganta y romperla en dos aprovechando lo dañado del metal. Shiro cayó y su doble homicida avanzó hacia los guardias que protegían la caravana. En su instinto por evitar que los matara extendió sus manos. De ellas brotó una flama verde que arrancó un grito de su enemigo a la vez que achicharraba su espalda. Los guardias levantaron sus espadas pero no llegaron a enfrentar al atacante, pues Shiro

aprovechó su poder recién descubierto y lo envolvió en un anillo de fuego. Creyó tener la victoria, pero su rival generó una sombra tan potente que extinguió el fuego.

Una vez libre, el rival de Shiro se volvió a montar en él y le aplicó una llave hadaka-jime[1] aprovechando su posición sin que el samurai pudiera quitárselo de encima. Desesperado, el kendoca intentó destrozar al suppa contra un árbol, pero el agarre era tan bueno que no pudo moverse. Luego la prensa se aflojó. Cayó y rodó para levantarse en seguida. Giró para seguir el combate y la escena que descubrió lo congeló en su lugar.

El daimyo ahora liberado, junto con el shogun, atacaban al oni. El primero lo estrangulaba con sus cadenas mientras el otro lo cortaba en repetidas ocasiones. Su presa no se movía, pero tampoco mostraba ninguna seña de dolor. La escena continuó unos segundos hasta que el enemigo se movió de nuevo. Tomó al daimyo del cuello y lo cargó hasta tenerlo frente a sí. Lo usó de escudo humano cuando el shogún hacía un nuevo corte, hiriéndolo de muerte.

Ver a su señor herido sacó de su inmovilidad a Shiro. Gritó de furia y los árboles a su alrededor se balancearon con la furia de su garganta. Corrió hacia su enemigo y con las manos encendidas en fuego vengativo lo tomó de la cabeza y se la arrancó del cuerpo. Sabiendo por instinto lo que debía

[1] Llave de estrangulamiento del cuello, llamada Mataleón en jujitsu.

hacer, puso una mano en el cuerpo decapitado y la otra en la cabeza y poniendo toda su concentración las incendió hasta convertirlas en cenizas. Lo había detenido, pero a un costo terrible.

Corrió a ver a su señor, que agonizaba tirado en el suelo. El Shogun tomaba su cabeza. Con la cara llena de angustia, dejó que Shiro se acercara.

—Hoy he perdido a un gran siervo. Me doy cuenta de mi error. Tu muerte me duele en lo más profundo.

—Mi señor, —el daimyo Mogami tosió sangre y luego continuó,— mi muerte es una muerte honorable bajo su servicio. No debe lamentar lo que es una honra para mí.

—Maestro… —Shiro le tomó la mano.— Perdóname por no ser mejor. Por no poder protegerte.

El daimyo apretó con firmeza la mano de su siervo y luego con una sonrisa le respondió:

—Shiro, mi querido Shiro, estoy orgulloso de ser tu daimyo, tu maestro y tu padre. Tu actuar es honorable. Haz salvado al clan de la vergüenza y la muerte. No tienes de qué lamentarte.

—Padre, lo siento. —Las lágrimas no salieron de sus ojos flamígeros, pero la tristeza de su rostro demostraba su dolor. — Todo lo que siempre quise fue honrarte y llevar tu nombre

en alto.

—Ya es hora, Yoshiaki. —Era la voz del shinigami. Shiro se dio la vuelta y lo enfrentó mientras el tiempo se congelaba.

—No puedes llevártelo. Mi misión es protegerlo. —Se preparó en posición de combate.— Hice lo que me pediste, detuve a tu hijo.

—Valiente Shiro, no puedo evitar llevarme a tu daimyo. Él cumplió con tu misión, y tú también.

—¡Juré protegerlo! —La amenaza en la voz del akuma era evidente. —No te lo vas a llevar. Si tengo que pelear con el mismo Buda, lo voy a hacer. No voy a…

—Detente, hijo mío. —El daimyo lo contuvo.— Mi tiempo llegó. El shinigami tiene razón, cumpliste con tu misión. Salvaste mi nombre y el del clan. Protegiste al shogun. La paz de nuestro país sigue a salvo gracias a ti. Ya no necesitas pelear.

—No quiero que mueras. —El tono de Shiro cambió al de un lamento.

—Shiro, recuerda que un guerrero siempre está preparado para la muerte. Suya o de los demás. —Le extendió la mano.— Vamos, tu trabajo terminó. Cumpliste tu deseo. Tu mujer y tu hija serán honrada por tus actos. Yo seré honrado por tus actos.

Shiro se levantó, hizo una reverencia al shogun que permanecía congelado y al cuerpo de su padre. Luego cogió

la mano del espíritu que lo guíaba y caminó al más allá, con su sueño cumplido y su honor intacto. Entendió el verdadero significado de la muerte del guerrero y del bushido.[1]

[1] Bushido es el código de honor del guerrero samurai. Contiene las pautas de acción y ética que un bushi (samurai) debe seguir. Traducido, significa camino del guerrero.

ÍNDICE

Prefacio	pág. 5
De lo verde	pág. 7
Ahuizotl	pág. 17
Último adiós	pág. 23
Misión final	pág. 31

SEGUNDA PARTE:

LOS IRACUNDOS

ESPERALA MUY PRONTO